

tario aplicó sobre una hoja de papel la huella así obtenida, la confrontó con otra huella, estampada sobre otra hoja, y concluyó categóricamente:

—Son exactas. La causa está fallada.

—¿Fallada?... Lo que quiere decir...

—Lo que quiere decir que usted es verdaderamente el llamado Baltasar, y que éste no es otro que...

—¿Otro qué...?

—Godofredo, hijo del conde de Coucy-Vendôme, barón de las Ándraies, duque de Jaca y grande de España...

CAPITULO III

La predicción de la sonámbula.

CALABACITA dejó caer la pesada cartera, que, al abrirse, dejó escapar un cepillo de grama y un vaso de aluminio. Baltasar meneó la cabeza bajo aquella avalancha de ídulos y asió el sombrero como para ponerse; en el desorden de sus pensamientos, no retenía más que su privilegio de grande de España a permanecer cubierto. Pero el notario La Bordette no tenía tiempo que perder; si por humana flaqueza se hubiera despojado de su armadura de impasibilidad, su padre y su abuelo no tendrían razón alguna para participar de la emoción del profesor y de su mecanógrafa; continuó, pues, su discurso:

—Relacionados como estamos desde hace más de un siglo a la familia de Coucy-Vendôme, fuimos llamados algunos meses ha, a

su hotel del faubourg Saint-Germain, por el conde Teodoro, último del nombre, puesto que la difunta señora condesa no le dejó más que cuatro hijas. El conde Teodoro, minado ya por una enfermedad que no perdona, me confió la existencia de un hijo que había tenido en su juventud de sus relaciones con la señorita Ernestina Henrioux. Impulsado el conde por sentimientos que le honran, deseaba reparar la falta de su juventud y transmitir, gracias a un reconocimiento en regla, su nombre y una parte de su fortuna a su hijo Godofredo, que vivía por esos mundos, ignoraba dónde, bajo el nombre de Baltasar.

El conde nos dió las indicaciones necesarias, tales como la inscripción de las tres letras M. T. P. en el pecho del llamado Baltasar y la huella dactilar de su índice izquierdo. Nos mostró además, en un armario secreto, una cartera conteniendo un millón seiscientos mil francos en billetes y títulos al portador. Debía también confiarnos otros informes sobre la madre del niño, sobre la persona a quien éste había sido confiado y el lugar en que actualmente vivía, por desgracia...

—¿Por desgracia?

—El espantoso drama, conocido de usted por haberlo leído en los periódicos, puso fin

a los días de nuestro cliente antes de que lo volviéramos a ver.

Baltasar, que nada conocía de aquel horrible drama, pero que no quería confesarlo, balbució:

—Sí, sí... he leído... ya recuerdo... El mes pasado, ¿no es eso?

—No, caballero—rectificó vivamente el señor La Bordette—; esto se remonta a más alto. El 10 de septiembre exactamente; hace, pues, siete meses, el conde Teodoro, que cazaba en sus tierras de Seine-et-Oise, fué asesinado.

—¡Asesinado!—repitió Baltasar.

—Sí, caballero, y ya recordará usted de qué terrible manera; el hacha que golpeó a la víctima con una violencia formidable, le separó casi completamente la cabeza del tronco.

Por segunda vez la cartera de Calabacita resbaló de sus rodillas. El cuello de Baltasar se alargaba desmesuradamente. Estaba livido.

—Ya lo sabía... ya lo sabía... un hombre sin cabeza... La sonámbula...

—¿La sonámbula?

—Sí... sí... he consultado...—balbuceó el profesor con palabras ahogadas, cuyo sentido no comprendió el señor La Bordette—. ¿Te

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RYLES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30416

acuerdas, Calabacita, lo que ayer me predijeron?

El señor La Bordette y sus dos consejeros halláronse de acuerdo para pasar por alto aquel acceso de turbación, muy excusable, y el discurso de los tres notarios se acabó rápidamente.

—Sería inútil defenernos en las consecuencias de este asunto que adquirió tanta resonancia, porque ya usted las conoce. Tampoco ignora que, tras investigaciones que duraron meses, tuvimos la feliz idea de recurrir a la agencia X Y Z. No nos queda, pues, más que preparar los medios y procedimientos que le permitan llevar el asunto ante el Consejo de Estado, para reivindicar su derecho al nombre de Coucy-Vendôme y reclamar su parte de herencia...

Aquí quizá pasara por el faciturno semblante del notario una ligera sonrisa, tan natural cuando se anuncia una desagradable noticia.

—Olvidaba decirle a este respecto, caballero, que nuestro primer cuidado fué proceder a la apertura del armario secreto. Tuvimos entonces la profunda sorpresa de encontrar que estaba vacío. ¿Acaso había el conde Teodoro llevado consigo la cartera durante

el período de caza y había elegido algún armario del castillo? Lo ignoramos.

—Yo puedo informarle—murmuró Baltasar—: he recibido directamente una carta que suministra indicaciones...

Una mirada suplicante de Calabacita le hizo callar. ¿A qué divulgar un secreto de tal naturaleza? Por otra parte, el señor La Bordette no se defenía nunca en el curso de un período, y continuó.

—Las investigaciones llevadas a cabo hasta hoy, investigaciones discretas, ya que las disposiciones del conde hacia usted eran provisionalmente confidenciales, no han dado resultado alguno. Le es a usted lícito proseguirlas ahora públicamente y con mayor actividad en su calidad de hijo reconocido. Nosotros, desde ahora, nos ocuparemos de establecer las actas que debe usted firmar.

La audiencia había terminado, y cuando el señor La Bordette había dicho lo que él consideraba como su última palabra, no le hubiera acordado a nadie la gracia de un minuto más. Aprobado por sus dos últimos antepasados, abrió la puerta y despedía al intruso con tal vigor, que paralizaba cualquier impulso de retorno ofensivo.

Baltasar no sentía deseo alguno de afron-

far nuevamente un fan rudo adversario. Salía de la liza desazonado y con las ideas en tumulto. Calabacita le ofreció el brazo, como hacía en algunas ocasiones con el pretexto de formar contrapeso a su cartera.

Remontaron las calles que conducen a la colina de Montmartre. Pasado un instante, Calabacita le dijo, no sin inquietud y como un discípulo interroga al maestro:

—¿Todas esas historias no tienen nada de aventuras, no es verdad, señor Baltasar?

—¿Cómo puedes preguntarlo?—replicó—. Si mi padre ha sido víctima de un asesinato, es doloroso; pero ¿qué tiene de anormal?

—Pero ¿y la predicción?... ¿y la cabeza?

—Coincidencias!

—¿Y ese armario vacío? ¿Ese escondite de que le advierte directamente? ¿Esa carta que le da indicaciones tan precisas sobre la selva de Marly y sobre la cartera?

Baltasar declaró con perentorio acento:

—Todas esas combinaciones revelan un hombre cuyas ideas ya no rigen. Yo supongo que mi padre era un aficionado a eso que denominan novelas policíacas y que habrá combinado su plan con arreglo a la técnica infantil de esas novelas. He leído algunas y son completamente idiotas,

—Entonces, ¿no iremos allá?

—Sí, puesto que mi padre, el conde de Coucy-Vendôme, lo exige; en cuanto al tesoro...

Días más tarde el tren les condujo a la estación de Marly. La selva, poco espesa, aun con sus frondosidades nuevas que lucían al sol, estaba próxima. De la campiña venían tibias brisas que envolvían a Baltasar en bienestar y optimismo. Caminaba alegremente, sostenido por una conciencia tranquila. La expedición le parecía inofensiva, como la de un pescador de caña que conoce un buen sitio en donde abundan los gubios. Calabacita se sentía tan feliz, que el peso de la cartera no la deformaba.

—No cesaré de repetírtelo, Calabacita: la vida está compuesta de pequeñas luchas insignificantes. Es igual a una tapicería que forma grandes escenas muy complicadas y que no es en el fondo más que un conjunto de hebritas de lana aiadas al cañamazo más monótono.

No lejos de ellos se desplegaba el abanico de una encrucijada. De una de las carreteras vieron desembocar a un ciclista tocado con la boina vasca y que saltó de su bicicleta.

Miró en torno suyo, pero no les vió, inclinándose unos segundos sobre un mojón indicador. Luego se marchó, descendiendo de nuevo para penetrar en un albergue situado en el mismo borde de la selva.

Al atravesar la enrucijada examinaron el mojón. Una inscripción hecha con tiza, con una flecha indicando el camino seguido por el individuo, ofrecía estas tres letras mayúsculas: M. T. P.

—¡Ah!—murmuró Calabacita—. M. T. P... Las tres letras inscriptas en su pecho, señor Baltasar...

Este tomó un aire desdeñoso.

—¡Toma, es verdad!... ¡Qué curiosa coincidencia!

Ciertamente, no había por qué extrañarse. Un paseante se divierte en trazar en un mojón tres letras, las mismas que lleva tatuadas en su pecho... Detalle insignificante... hebrita de lana de la tapicería.

Y continuó andando con paso ligero, segando con su bastón cabezas de amargón y de jetabe salvaje.

Pasaron ante el albergue y vieron, por una ventana abierta, al hombre de la boina, sentado y bebiendo un vaso de vino.

—Quizá—pensó Calabacita—venga por el

mismo motivo que nosotros. Ha dado cita a un camarada y van a buscar el tesoro.

Baltasar desplegó el plano topográfico dibujado por su padre. En veinte minutos llegaron a la plazoleta *en la que un frondoso olmo ocupa el centro.*

Ajustándose a las instrucciones que acompañaban al plano, anduvieron de espaldas siguiendo determinada línea. Baltasar, con las manos en los hombros de Calabacita, la arrastraba con la gravedad de un señor que prosigue una experiencia de sugestión en estado de vigilia. Las raíces y troncos hacíanles titubear; cayeron al suelo por dos veces, y de pronto Baltasar, que por nada del mundo hubiera vuelto la cabeza, tropezó con la espalda en un árbol.

—Perfectamente—dijo emocionado—. El programa se cumple.

Giraron sobre sí mismos como unos autómatas y corrieron hacia la derecha. Cuatrocientos pasos más lejos debía de haber una encina protegida por una placa de cinc, bajo la cual estaba oculto el tesoro. Contaron cuatrocientos pasos y no había tal encina. De golpe renunciaron. Baltasar afirmó que no comprendía nada de aquellas idioteces de novela policíaca y que se felicitaba por ello.

—Sin embargo...—objetó Calabacita.

—¡Nada!... Aunque el tesoro estuviera a dos pasos, no me movería por nada del mundo.

Se acostó sobre un tapiz de musgo y se disponía a encender su pipa, cuando Calabacita le asió vivamente el brazo. Un rumor de palabras venía de la plazoleta; se aplastaron sobre la hojarasca y divisaron dos hombres que caminaban a la inversa, las manos del uno sobre la espalda del otro, exactamente como ellos lo habían hecho. Uno de ellos era el hombre de la boina vasca. Este, al igual que Baltasar, viró hacia la izquierda con su camarada.

Cinco minutos más tarde oían el ruido de un martillo golpeando una placa de cinc.

—Hubiéramos debido girar hacia la izquierda—dijo la muchacha—. Van a apoderarse de la cartera.

Ningún poder humano hubiera impelido a Baltasar a oponerse, pero las circunstancias le fueron propicias. Dos caballos avanzaban por un camino que atravesaba el bosque. Dos gendarmes aparecieron. El ruido del martillo había cesado. Calabacita se levantó prudentemente y llamó a Baltasar.

Estorbados en su trabajo, los dos indivi-

duos se alejaron por el camino cien pasos delante de los gendarmes.

—De prisa—dijo Calabacita—; dentro de diez minutos estarán de regreso.

Se precipitó y llegó ante una encina cuyo tronco se dividía, a la altura de un hombre, en tres ramas principales. El hueco así formado estaba cubierto por una placa de cinc, que impedía el acceso del agua de las lluvias. Calabacita se izó como pudo, eligiendo el lado en donde habían trabajado los dos individuos, guiándose por las huellas. Halló la brecha practicada en el cierre y pasó el brazo, tanteó y asió por fin un objeto, que se apresuró a sacar de la cavidad.

Era una carterita o, mejor dicho, un bolsillo de cuero, atado y sellado.

—Aquí está—dijo, tendiendo el objeto a Baltasar.

La palidez de éste la dejó estupefacta. Sus piernas temblaban y tuvo que sostenerle para que no se desvaneciera al pie del árbol.

—Vámonos—ordenó ella—. Esos dos van a regresar.

Tuvo la presencia de ánimo suficiente para apartarse de la estación vecina y, a pesar del desfallecimiento del profesor, dirigir la huida hasta la estación de Louveniennes.

Un tren iba a partir. Hizo montar a Baltasar en un departamento vacío, en donde le dió, sacado de la cartera, un frasco de vulneraria.

Cuando Baltasar pudo reaccionar, examinó el bolsillo y vió una tarjeta sujeta con un alfiler y que decía: "Para mi hijo Baltasar", lo que le sumió de nuevo en tal agitación que dijo a Calabacita:

—¡Abrel...

Obedeció ella, cortó los bramantes y derramó sobre el asiento el contenido del bolsillo: billetes de mil francos, títulos, cupones cortados...

—No, no—dijo Baltasar—: no pierdas el tiempo en clasificar esos papelotes. Nada me importa el dinero. Lo que quisiera es algún informe sobre mi pasado... sobre mi madre... una carta... un sobre...

El mismo registraba febrilmente. Hubiérase dicho que toda su vida dependía de lo que iba a encontrar, y de pronto exclamó:

—¡Oh! Toma... mira... una fotografía.

Era un viejo retrato, usado por el tiempo, pero visible aún, representando una mujer joven, de rostro encantador y que sonreía con aire feliz.

Detrás este nombre:

¡Ernestina Henrioux!

¡Ernestina Henrioux!.. El mismo nombre que le había confiado el conde de Coucy Vendôme al señor La-Bordette. El nombre de la muchacha a quien había seducido y a la que había hecho madre de Baltasar...

Así, pues, el conde legaba a su hijo, además de su fortuna, el retrato de la novia traicionada y le mandaba, por lo tanto, buscarla y amarla.

Tenialo entre sus manos y contemplaba a aquel pálido rostro. Le sonreía ella gentilmente y respondía él con una mueca llena de afección. Calabacita sonreía también a aquel lindo rostro y experimentaba toda la alegría que se siente al encontrar una madre.

Recogió los títulos y billetes de banco y pudo conseguir colocarlos en el fondo de la cartera, que añadió a sus ya conocidas funciones la de caja de caudales. Hecho esto, se aproximó a Baltasar, y mientras observaba su frente, en la que el sombrero había marcado una raya encarnada, la escasa vegetación de su cráneo, los pelos de su barba sedosa, cosas cuya contemplación érale dulce, pensaba:

—¡Qué suerte que no sea ésta una de esas

aventuras en las que no se encuentran más que disgustos y decepciones! La emoción del señor Baltasar es tan grande que hubiera caído enfermo si no fuera esto más que hechos de la vida cotidiana...

CAPITULO IV

Los acontecimientos adquieren a veces las apariencias de la peor novela de aventuras.

HABLANDO con propiedad, Baltasar no cayó enfermo, pero aprovechó una treva en sus ocupaciones para tenderse ante su tonel.

Tenía, por otra parte, un poco de fiebre, que Calabacita combatía con infusiones de plantas secadas por ella. Calabacita le tomaba el pulso, lavábale el rostro con agua tibia y le ponía en la frente compresas, a las que él prefería la mano fresca y calmante de la muchacha. Con frecuencia le mecía con palabras cuchicheadas al oído y que probaban hasta qué punto conocía ella la naturaleza de su amo y aprovechaba sus enseñanzas.

—¡En qué estado le ponen las emociones fuertes, señor Baltasar!—decíale ella con des-